

NO TODO VALE
Domingo 22 del tiempo ordinario
30 de agosto de 2009

“Todo vale”. ¿Cuántas veces hemos oído esa proclama en los últimos tiempos? La ilustración pretendió canonizar la razón humana para liberarse de la autoridad de la fe. En la modernidad había que razonar y racionalizarlo todo. Las creencias y las actitudes. La fe y las costumbres. Era el espíritu de la modernidad.

Pero aquellos tiempos se han olvidado. Cuando alguien trata de demostrar una verdad, su interlocutor le responde tranquilamente: “Está bien el argumento, pero no me convence”. Ahora es la razón la que ha sido destronado para dejar paso al sentimiento, a la intuición, a la decisión personal.

“Todo vale”. Ése es uno de los lemas preferidos de la postmodernidad. Nada es verdad o mentira. Nada es bello o feo. Nada es bueno o malo. Todo depende del punto de vista de quien habla. Es decir todo es relativo. Relativo a su situación, a su prejuicio, a su gusto, a su apreciación personal.

Pero no. No es la libertad personal la que determina la bondad o la maldad. Es la bondad objetiva la que determina y verifica la calidad y la orientación de la propia libertad. La bondad no puede ser decidida ni por la persona que actúa, ni por los políticos que gobiernan ni por los creadores de opinión pública.

LA COLA DEL ESCORPIÓN

En el libro del Deuteronomio, Moisés presenta al pueblo de Israel los mandamientos de Dios, no como un peso que aplasta a la persona, sino como un camino de liberación: “Estos mandatos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia”. No porque nazcan del capricho personal, sino porque vienen de un Dios cercano a quien lo invoca.

Es verdad que, andando el tiempo, algunos descuidaron aquellos mandamientos de Dios, pero multiplicaron los preceptos y las normas humanas. Había que hacer mil cosas para ser ritualmente limpios. Hoy diríamos: para ser “políticamente correctos”. Ésa era la práctica habitual del fariseísmo (Mc 7, 1-23). Y eso es el fariseísmo de siempre.

Ante esa postura hipócrita, Jesús dice que no basta lavarse las manos: es preciso limpiar el corazón. Y para quien no encuentra manchas posibles, Jesús ofrece una lista impresionante: malos propósitos, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo y frivolidad.

Para Jesús no basta con ser políticamente correctos: hay que ser moralmente buenos. Y la bondad o la maldad no la decide la persona: está decidida por los mandatos de Dios. Ante esa simple lista de suciedades del corazón no cabe decir que “todo vale”. La frivolidad es el último pecado. Es la cola del escorpión.

MANDAMIENTO Y TRADICIÓN

“Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres” (Mc 7,8). Esta frase de Jesús es el centro del texto evangélico que hoy se proclama. Puede aplicarse a las personas y a las instituciones. Es un verdadero mensaje profético. Conviene recordarlo con frecuencia.

• “Dejáis a un lado el mandamiento de Dios”. Hemos dejado de creer en Dios, es decir, de fiarnos de Él, de poner en Él nuestra confianza. Por eso nos parecen irracionales y pesados sus mandatos, que se resumen en el único mandamiento del amor. Ya no sólo lo dejamos de lado. Ahora le negamos validez. Cualquier día lo denunciaremos por inhumano.

• “Os aferráis a la tradición de los hombres”. Pero al abandonar el mandamiento de Dios no hemos alcanzado la libertad ni la felicidad. Ya decía Chesterton que quien no cree en Dios está dispuesto a creer en cualquier cosa. Quien no acepta los mandatos de Dios se hace esclavo de cualquier tirano, o de cualquier vendedor de dietas o de cremas antiarrugas.

- Señor Jesús, tú conoces nuestros pecados. Conoces nuestra resistencia a reconocernos pecadores. Nuestra hipocresía sólo es comparable con nuestra frivolidad. Abre nuestros ojos a tu verdad y limpia nuestro corazón. Amén.

José-Román Flecha Andrés